

RECIO MORALES, Óscar. *Alejandro O'Reilly, inspector general. Poder militar, familia y territorio en el reinado de Carlos III*. Madrid: Sílex, 2020, 514 pp.

En las últimas décadas, el género biográfico se ha desprendido del cierto estigma que venía arrastrando. Hoy tenemos más que asumido que el estudio de un personaje –emprendido, claro está, con perspectiva histórica y siempre que la disponibilidad de fuentes acompañe– puede ser un clarificador punto de aproximación a su época.

Este es el caso del magnífico trabajo que aquí nos ocupa: el primer estudio a gran escala de la vida de Alejandro O'Reilly (1723-1794), cuya rica trayectoria posibilita una amplia aproximación –ante todo, político-administrativa, pero con evidentes derivaciones culturales y sociales– al XVIII hispánico; tres lecturas que Óscar Recio hace (a lo largo de seis capítulos ordenados con un acertado criterio cronológico y temático) con destreza y que procedo a pormenorizar.

Si comenzamos por lo social, el caso de O'Reilly es, paradójicamente, una prueba tanto del cierto dinamismo de la pirámide estamental del Antiguo Régimen como de sus límites. A pesar de su condición de «extranjero» y de sus modestos orígenes dentro del ámbito privilegiado, este irlandés llegó a ser, en tiempos de Carlos III, noble titulado y capitán general. En una época en la que la carrera militar se había convertido en portentosa vía de promoción (más, quizás, desde la venalidad y el cultivo de las ciencias que desde el mérito en el campo de batalla), nuestro protagonista supo jugar muy

bien sus cartas, aun sin tener la mejor mano. Fueron muchas las plataformas empleadas para convertirse en un –y son palabras de Jovellanos– «monstruo de fortuna» (p. 437). Los regimientos irlandeses fueron solo el primer paso en una carrera estimulada por múltiples factores, como un creciente capital relacional alimentado por las redes clientelares cortesanas y una acertada política matrimonial que conectó a los O'Reilly a las élites vascas y cubanas; la mencionada venalidad; una formación –que incluyó un viaje iniciático por Europa– con un fuerte componente autodidacta; la capacidad de sintonizar con los intereses del reformismo ilustrado; la habilidad para ganarse el favor del «Amo»; y un evidente instinto de supervivencia cuando vinieron mal dadas.

Pero hemos hablado de unos límites inherentes a la sociedad del Antiguo Régimen, menos estática de lo que se llegó a decir, pero en la que la marca de la cuna no desaparecía jamás. Los enemigos de O'Reilly aprovecharon su fracaso más sonado (el frustrado desembarco de Argel de 1775) para cargar contra sus orígenes foráneos y no muy granados. El epígrafe dedicado a la implacable campaña satírica sufrida por el personaje refleja de manera elocuente el cultivo, por parte de las élites castellanas, de un discurso patriotero y xenófobo («los apellidos que acaban en A, vengan acá. Los apellidos que acaban en y, fuera de aquí», p. 309), por el que hombres de Estado como Esquilache, O'Reilly o Grimaldi fueron rechazados por ser «extranjeros», lo que implicaba su desconocimiento del «carácter nacional». Por otra parte, esta narrativa nacional estaba siendo

transitada por la propia monarquía, que abandonó de manera progresiva su discurso patrimonial en pos de un mensaje de identidad y solidaridad comunitaria basado en el bien común. Si hablamos de xenofobia, es preceptivo mencionar las acertadas lecturas que Recio Morales hace del desprecio eurocentrista que estos versos demuestran hacia el enemigo norteafricano.

Demostraban además las mencionadas sátiras la evidente conciencia de clase de una aristocracia tradicional –encabezada por el célebre conde de Aranda– que despreciaba a la nueva nobleza de servicio forjada bajo el amparo de la monarquía borbónica. Esta confrontación se entremezcla con otro debate político-social de la época y al que el autor es también sensible, como es el que enfrentó a civilistas y militaristas. En este aspecto, el perfil de O'Reilly lo situó en un territorio complicado que lo alejaba de la aristocracia militar por su condición de noble de primera generación, pero cuya vinculación a la milicia dificultaba su simpatía con otros hombres nuevos, los golillas, marcados por su formación jurídica y su concepción ministerial del Estado. Si O'Reilly contó con el favor de Carlos III, tuvo, en los últimos años del reinado, una difícil relación con dos de sus hombres fuertes y respectivos líderes de ambas facciones: los condes de Aranda y Floridablanca.

En el plano político-administrativo, aunque O'Reilly no llegó a ocupar la primera línea (nunca llegó a secretario de Guerra o a virrey), su carrera se desarrolló dentro de varios de los ámbitos que preocuparon a los gobiernos dieciochescos hispánicos. Es el caso de

América, uno de los asuntos preferentes sobre la mesa de los gabinetes de Carlos III, como prueban las famosas reformas de Gálvez. Con un océano de por medio, la monarquía puso un gran interés en implementar su control del territorio a través de una fidelización de las élites criollas, el refuerzo del sistema defensivo (tanto arquitectónico como humano) y una mejor explotación económica a través de una cierta dinamización comercial que fuese compatible con los preceptos monopolistas del pacto colonial.

El destacado papel de O'Reilly en el Nuevo Mundo responde a las dos primeras de estas tres líneas de acción. En Cuba y Puerto Rico (1765), no solo reorganizó las defensas del territorio, sino que tuvo la habilidad de reclutar a los criollos para la causa, poniendo las bases de una fidelidad que mantendría a estos enclaves al margen de los procesos independentistas del primer cuarto del XIX. Clave para ello fueron las milicias, utilizadas para integrar a dichas élites en el sistema y ganárselas –según expresa un documento de entonces– «con palabrones que les llenen» (p. 116). En la Luisiana (1769-1770), reestablecería, *manu militari*, la autoridad del Rey Católico.

Fundamental en la carrera de O'Reilly es su papel dentro del ejército borbónico. Al frente de las inspecciones de infantería extranjera y española y de tropa veterana, milicia y artillería de América, tendría un papel clave en los nombramientos (se hace habitual la fórmula «como propone O'Reilly», p. 339), las ordenanzas, la literatura destinada a crear un espíritu de cuerpo y la formación del ámbito militar hispánico.

En este último aspecto, destaca su pionera Real Escuela Militar de Ávila, cuya apuesta por la excelencia chocó frontalmente con criterios más tradicionales (la sangre, la antigüedad y la experiencia) asentados en la época, y a los que luego volveremos. Esta condición reformista del personaje recibe una considerable atención en la obra, demostrando el autor las virtudes de una historia militar (Cepeda Gómez, Andújar Castillo...) estudiada desde preceptos renovadores.

Incluso en periodos vitales algo más grises, alejado de la Corte tras el desastre de Argel, la biografía de O'Reilly nos sumerge en las claves políticas de su época. Como capitán general de Andalucía (1775-1786) tendría la oportunidad de poner en práctica, a pequeña escala, la hoja de ruta del reformismo. Son tiempos de obras públicas, política asistencial y reforma teatral.

En sus últimos años de vida y de vuelta en la Corte tras haber renunciado a sus amplias responsabilidades, aún le ofrecería el poder a O'Reilly (que pudo vivir con la amargura de haber perdido en Argel sus posibilidades de conseguir las mayores gracias, pero que tuvo la pericia de no llegar a caer nunca en desgracia) la oportunidad de dirigir, en sustitución de Ricardos, el ejército del Rosellón durante la guerra contra la Convención francesa (1793-1794). La muerte en el trayecto lo libró, probablemente, de una segunda ignominia en el frente.

La obra nos permite, en tercer y último lugar, la oportunidad de hacer una lectura cultural del XVIII hispánico a través del bagaje de su actor principal. O'Reilly estuvo detrás de esa labor

planificadora y memorialista propia del reformismo ilustrado. A él se deben documentos de primer orden sobre el estado de las defensas de los territorios americanos o de la infantería española, así como planes de mejora o estatutos fundacionales. Acorde con esta labor está su condición (también, una autorrepresentación) de trabajador incansable, hiperactivo, siempre rodeado de papeles.

Al hacer balance de las reformas (pp. 464-468) impulsadas por O'Reilly, Óscar Recio demuestra estar libre de ese enamoramiento tan propio del biógrafo. Es cierto que, como inspector, aquel fue capaz de fundar dos escuelas militares, lo que lo desmarca de ese infructuoso proyectismo tan propio del XVIII hispánico. Pero no es menos cierto que las fracasadas experiencias del ejército a finales del XVIII y principios del XIX demuestran que la necesaria reforma no se llevó a cabo, y que males tradicionales como la macrocefalia o la falta de formación siguieron aquejando a las armas borbónicas; una persona con la influencia que llegó a tener O'Reilly en el ejército durante casi dos décadas ha de tener su porcentaje de responsabilidad sobre esto. Los cierres de las mencionadas escuelas, el catastrófico derrumbe del puente de San Alejandro en El Puerto de Santa María o el frustrado proyecto de la construcción de un acueducto en Cádiz son buena prueba de esos límites del reformismo ilustrado.

En esta línea, resulta fascinante la lectura cultural del XVIII desde el punto de vista de sus profundas contradicciones. Y es que el choque entre los paradigmas de antiguos y modernos no

se produce únicamente entre defensores de la tradición y la innovación, sino en el mismo fuero interno de un solo personaje. Las incongruencias prácticas lastran los discursos y la biografía de O'Reilly ofrece múltiples oportunidades para recrearse en este aspecto. Resultan llamativos, por ejemplo, los intentos del personaje por acabar con la venalidad y el clientelismo, declarados enemigos del mérito militar, pero, a su vez, amigos inseparables de su carrera y las de sus hermanos e hijos («el que va en segundo lugar es mi sobrino», anotaría en un informe, p. 64); o la solicitud, por parte de un desafecto hacia la tauromaquia, de un permiso para celebrar cuarenta corridas de beneficencia; o el cierre de la casa de comedias de El Puerto para contentar a fray Diego José de Cádiz, y las inusitadas muestras de devoción realizadas ante el predicador en línea con el giro conservador que siguió al proceso de Olavide. Fue O'Reilly, nos dice el autor, un hombre pragmático. Es posible que ahí estuviera la clave de la longevidad de su carrera.

¿Le quedaba grande, por lo tanto, la etiqueta de «ilustrado»? Tal vez haya que entender el concepto desde un punto de vista más flexible si queremos definir a todos estos personajes como los complejos hijos de su tiempo que fueron.

A modo de cierre, no puedo sino recomendar la lectura de este libro, que sirve tanto para el disfrute de especialistas como para presentar el marco de las dinámicas de la época a aquellas personas que quieran llegar a serlo. Es un trabajo muy bien escrito, de lectura ágil, que utiliza con destreza las citas, e incluso los saltos en el tiempo. Todo ello, además, apoyado en un brillante aparato crítico, basado en un amplio repertorio de fuentes documentales inéditas y en una selección bibliográfica que demuestra la profundidad de las lecturas y el dominio por parte del autor de las principales corrientes historiográficas sobre los múltiples temas tratados.

Antonio CALVO MATURANA